

“AÑO IGNACIANO”

Significado y Oportunidades

Carlos Rodríguez Arana S.J.¹

Julio 2021



Acabamos de comenzar el “AÑO IGNACIANO”, promulgado por nuestro P. General, hace más de un año. Es un año no cronológico sino espiritual. Porque lo que vamos a celebrar son dos acontecimientos fundamentales en el itinerario de Íñigo de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. El primero, ocurrió el 21 de mayo del año 1521. El ejército francés invadió Navarra. Íñigo estaba al servicio de su Virrey, el Duque de Nájera. La fortaleza de Pamplona, estaba sin terminar y con una defensa muy frágil. Por eso, el poderoso ejército francés les invitó a rendirse. Íñigo se negó a ello y convenció a todos para que pelearan valientemente. Al poco comenzó la contienda y pronto: “Le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal herida” (Auto.1). Al poco rato, tuvieron que capitular. E Íñigo, después de recibir los primeros auxilios de parte de los franceses, fue conducido hacia Loyola, al hogar familiar, en el que vivía su hermano Martín y su esposa Magdalena, quienes se hicieron cargo de su restablecimiento.

¹ Superior de los jesuitas en Tacna y Arequipa, Coordinador de la Plataforma de Tacna y Promotor del Colegio Cristo Rey, Provincia del Perú. Fue Provincial, Rector del Colegio San José de Arequipa y ha ejercido múltiples funciones en la formación de los jesuitas y en la pastoral.

La otra fecha que recordamos en este AÑO IGNACIANO, es la de su canonización, el 12 de marzo del 1622. El AÑO se extiende hasta su clausura, que se tendrá el 31 de Julio del 2022. Los dos acontecimientos son muy diversos. La conversión fue un proceso que se desarrolló a lo largo de toda su vida. La canonización, en relación con su vida, vino un siglo después. Ese proceso fue largo: hubo que analizar y estudiar su vida y doctrina, la fundación de la Compañía, toda la información que se podía acopiar sobre sus virtudes y méritos que le fueron despejando el camino hacia su beatificación y canonización. Los datos que se recogieron fueron muy interesantes y constituyen un fondo muy rico que se conserva en la *Monumenta Historica Societatis Iesus*, en las *Fontes Narrativae* y otros documentos que enriquecen la historia de nuestro hombre, acercándonos a un Ignacio diferente al que conocíamos antes de publicarse esta variada y rica documentación, sepultada por siglos en los archivos romanos.

Conversión y canonización. Ambas conmemoraciones importantes, íntimamente ligadas entre sí, pero, al mismo tiempo, muy diversas. Ambas, sin embargo, nos permiten acercarnos y aprender de Íñigo, ese personaje tan original y que sigue llamando la atención hoy por resultar tan actual, a pesar de los siglos que han pasado hasta hoy. Su herencia y legado nos siguen inspirando.



La cosa comenzó en Pamplona. Aquella herida fue el inicio de un largo proceso en el que se vio concernido toda su vida. Interesante. Algo aparentemente trágico, una carrera fallida, los sueños de un joven idealista echados por tierra, su vida exitosa se viene abajo. Sin embargo, esa dolorosa experiencia va a ser el medio del que se sirve el Señor para seducir al joven e impetuoso idealista vasco. Porque, una vez llegado a

Loyola, después de los atroces dolores por buscar una apariencia externa mejor, mientras convalecía, aburrido, pidió libros de caballería a su cuñada Magdalena. Ella manifestándole que no los había en la casa, le alcanzó unos libros piadosos: Una vida de Cristo y otra de Santos. Podemos suponer el disgusto con que recibió la noticia. Suponemos que esos libros estuvieron varios días sobre la mesa, a su lado, sin hacerles caso. Pero, la necesidad obliga. En un momento dado, echó mano de ellos y comenzó a leerlos. La lectura fue haciendo mella en él: "Leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí se hallaba escrito (...) algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar (...) una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella, dos y tres y cuatro horas, sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una Señora (...) y en esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza; no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguna destas"" (Autob.6).



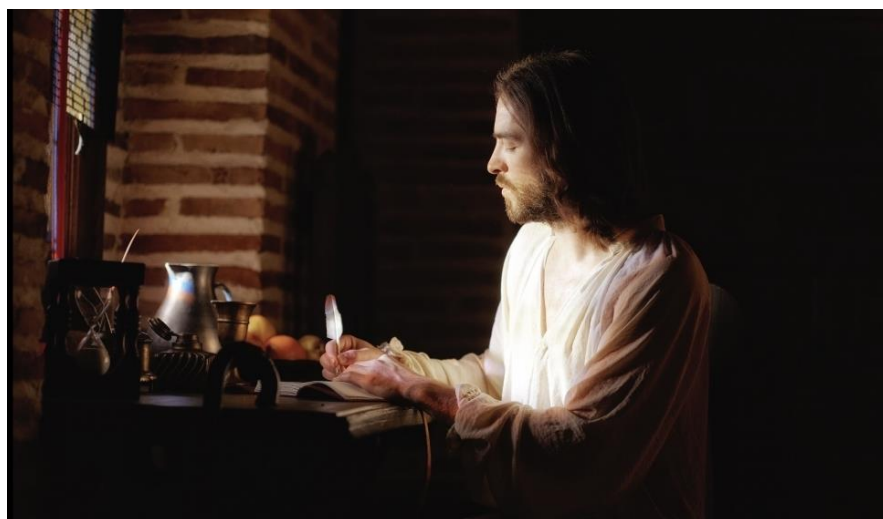
Estamos ante un joven aspirante. No se conforma con lo pequeño. Aspira a una mujer de la realeza castellana. Él mismo, reconoce, cuando muchos años después dicta su biografía, que estaba totalmente confundido. Pero, era parte de sus sueños, deseaba llegar a lo máximo. Y se pasa horas ensimismado, sin que lo note, en ensoñaciones de grandeza, de imposibles. Pero, al mismo tiempo, algo nuevo comienza a moverse en su intimidad. Porque "el Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía (...) leyendo la vida de nuestro Señor y de los

santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?” (Autb.7). Pasaba horas en esas ensoñaciones, ora entretenido con las hazañas que haría por la adorada dama de su fantasía, ora con lo que sería capaz de hacer por Cristo, dejando cortos a los santos. Íñigo es un hombre maduro. Tiene unos treinta años. Ya no es un chiquillo. Sin embargo, es un soñador impenitente que se deja llevar por sus fantasías y se recrea en ellas por horas.

Claro, está enfermo, no puede hacer nada. Sin embargo, vemos en él a un hombre con una rica interioridad, con una gran capacidad de introspección. Sabe estar solo consigo mismo. Se le pasan las horas dando vueltas a su vida, a su futuro, a sus sueños. Es mientras anda fantaseando, cuando nota “esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, más aún después de dejado quedaba contento y alegre (...) hasta que uno vez se la abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos de los pensamientos quedaba triste y de otros alegre (...) viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios” (Autob.8).

Lo que va sintiendo va entrando en su intimidad y le va llevando poco a poco a buscar y querer un cambio radical de vida. Quiere hacer penitencia por sus pecados. Quiere peregrinar a Jerusalén. Quiere ser santo, como los que ha conocido por sus lecturas. Sus familiares “así su hermano, como todos los demás de casa, fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente” (Autob. 10). Porque vivía entusiasmado por servir a su Señor quien tanto le amaba y al que él deseaba con todo su ser servir. En casa “hacía provecho a las ánimas”, conversaba de las “cosas de Dios” y parte del tiempo la pasaba en escribir lo que le llamaba la

atención de sus lecturas. Era, según él mismo comenta, “muy buen escribano”. “Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas (...) porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor”. “Pensaba mucho en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino” (Aut. 11). La llamada Autobiografía que dictó dos años antes de su muerte, cuenta, como si lo estuviera viviendo en ese momento, todos aquellos sentimientos, arranques de santidad, de vivir para el Señor y para el prójimo que serán el tesoro del que irá a beber durante toda su vida.



Lo de Loyola y luego, lo de Manresa. Porque si bien el cambio de Loyola tuvo mucho de novelesco, la vivencia de Manresa le llevó a un encuentro tan profundo con el Señor que ya este hombre no se pertenecerá más a sí mismo, sino que será un hombre de Dios y para Dios, un buscador de su mayor gloria, de vivir siempre buscando y hallando su voluntad. No se conforma con buscar. Quiere hallar y algunas veces, el hallar esa voluntad de Dios le lleva a meterse en unos vericuetos y laberintos espirituales, como cuenta en el Diario Espiritual, que hablan de un hombre con una sensibilidad tan delicada y tan sutil para acercarse al amor de su vida, que uno se queda admirado. El Íñigo de Loyola y Manresa va caminando hacia las más altas cimas místicas, movido por el deseo de en todo “amar y servir”, de darlo todo, porque le basta con que el Señor le dé “su amor y gracia”, como acaba la oración ignaciana por excelencia, el “Tomad Señor y recibid...” (EE,234).

Junto a su santidad personal, algo que mueve y apasiona a Ignacio, es poder “ayudar a las ánimas”, es el deseo intenso de contagiar lo que él ha vivido y vive. De esos sentimientos, que nunca le abandonarán, surgirá el libro de los Ejercicios Espirituales, “siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos” (Carta a Manuel Miona, 1536). Los Ejercicios son un instrumento de encuentro con el Señor que tienen una eficacia, como se lo menciona a Manuel Miona, que se han convertido, desde hace siglos, en una herramienta apostólica sin parangón en la vida de la iglesia católica.

Esto es lo que celebramos, ese camino de conversión que fue haciendo nuestro gentilhomme, que después del profundo cambio sentido y vivido en Loyola, va dando pasos radicales en el seguimiento al Señor. Lo primero que hace, en Montserrat, cuando baja hacia Manresa, es despojarse de todo, convertirse en un mendigo más. En Manresa el despojo es interior. Es quedar desnudo ante Dios y pedirle que le ayude, ante la crisis que quiere derribarle. “Muéstrame tú Señor, donde lo halle, que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré” (Autob.23).



La pobreza le acompañó toda su vida. Mendiga y comparte con los pobres lo que recauda. Cuando se desata una pandemia en Roma, algo semejante a lo que padecemos ahora, él abre la vivienda de la comunidad y acoge a una multitud de personas a quienes

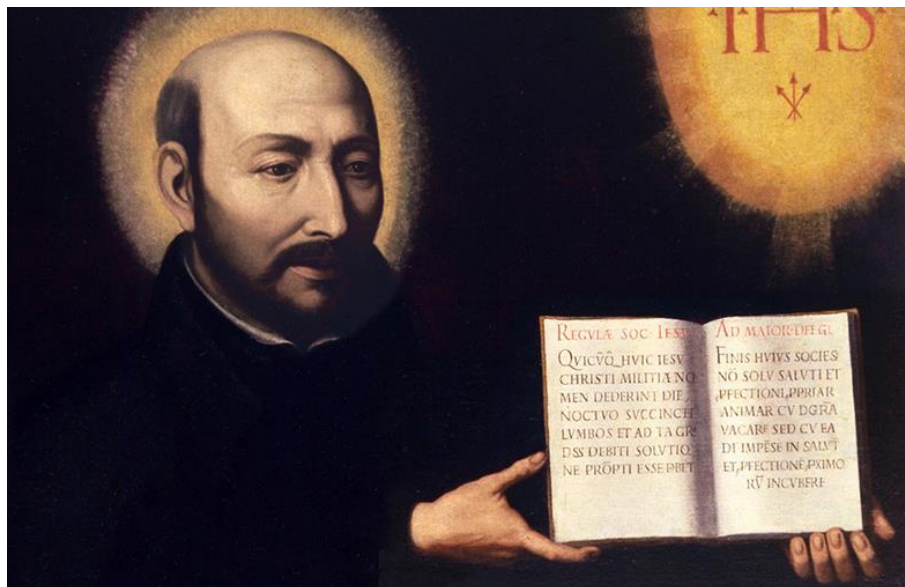
atiende él y sus compañeros de comunidad. La pobreza es para él “firme muro de la religión” (Const.553).



La Compañía, de Jesús, hoy como ayer, trata de seguir las huellas de Ignacio de Loyola, está comprometida con la lucha por un mundo más justo que brote de la identificación con el Cristo pobre y humilde al que él nos invitó a seguir. Para los colaboradores, los jesuitas con ellos, lo que más les mueve es buscar un mundo más justo, luchar por una sociedad más equitativa. Eso nos viene de lejos y es nuestro compromiso permanente tanto en nuestras obras sociales, como en las educativas, en los colegios y universidades. Los que vivimos inspirados por la vida de Íñigo buscamos en todo “amar y servir”, y lo hacemos en los diversos campos de acción en los que estamos e comprometidos.

Algo que caracterizó la santidad de Ignacio fue la búsqueda constante de la voluntad de Dios. Es lo que más le preocupaba, lo que le movía, lo que más deseaba: discernir la voluntad de Dios, lo que el Señor quería de él y de su Compañía. De ahí la práctica constante del discernimiento espiritual, el modo de buscar las decisiones según Dios. En el Diario Espiritual, escrito no destinado a la publicación, sino apuntes suyos, se advierte esa dinámica que le persigue todo el día: cómo agradar al Señor, cómo hacer lo que él quiere, como vivir escuchando su voz y poniendo en práctica sus inspiraciones. Entrar en esa forma de vida le hará sentirse el hombre más feliz del mundo, porque se

le revela el Señor y le llena de grandes experiencias místicas y sus ojos se desgastan de tanto llorar y sollozar, de tanto amor como siente de su Señor, el Hijo, el Espíritu Santo, el Padre.



Es eso lo que celebramos, al Ignacio que nos invita a vivir en una constante espiral que nos impulse hacia la conversión permanente, a vivir buscando y volviendo a buscar cómo agradar a Dios, cómo vivir en su presencia, cómo encontrarlo en el minuto a minuto de cada día. Sobre todo, cómo encontrarle sirviendo y amando a los demás, sobre todo, a los más pobres... Algo maravilloso y algo no tan sencillo de vivir, si no es que estamos atravesados y seducidos por el AMOR.

Todo un desafío para nuestra espiritualidad, para nuestra vida que quiere identificarse con el Hijo, cuyo manjar es hacer la voluntad del Padre, que es amar hasta dar la vida por la salvación del mundo. Es nuestro mayor deseo y que lo queremos materializar en los colegios, universidades y en la gran red de centros sociales que acompañan la marcha de nuestros hermanos campesinos, emprendedores y las personas que han tenido que dejar sus países, los migrantes que llenan muchas de nuestras ciudades en condiciones precarias. Que el Señor nos dé su gracia para celebrar este AÑO IGNACIANO con los mejores deseos de vivirlo en un camino de conversión, discerniendo lo que él nos quiera pedir.